

Carlos Villamarín Escudero

## LA ESTATUA

(O “Un áspero coloquio”)



IMPRESIONES CANON  
Quito - Ecuador

Hay quienes son vilmente engañados, tomando gato por liebre, al vérselas con hábil estafador. No es nada raro.

Y también los hay de los que se engañan al tratar de engatusar a los demás. Tampoco es raro.

—

Fragmento de *La Escuela de la Vida*, obra del mismo autor

## CAPÍTULO UNO

—¡Maravilloso! —manifestó profundamente emocionado el profesor Bobadilla (licenciado en Historia Universal y, según opinión general, el más ilustre e ilustrado de los maestros con que contaba cierto prestigioso y tradicional instituto de segunda enseñanza, honra del perímetro educativo de la franciscana ciudad de Quito), al contemplar la reluciente estatua del conquistador español don Sebastián de Benalcázar, la cual estaba siendo instalada sobre un suntuoso pedestal de mármol de Carrara ubicado en el ágora del plantel educativo. A su lado se encontraban, aparte de media docena de obreros, el famoso escultor Auki Tomalo, artífice de la estatua, y un número indeterminado de inquietos y lozanos jovencitos, que constituía la flor y nata de sus privilegiados discípulos.

—¡Maravilloso, maravilloso! —repitieron como un eco los jovencitos, imitando la exclamación proferida por su maestro, mientras contemplaban o palpaban la monumental obra con la boca abierta por la admiración.

Era sábado. Pero, a pesar de ser día de asueto, los educandos presentes, como un privilegio, habían sido convocados para presenciar la erección del grandioso monumento.

—¡Al fin nuestro venerado instituto podrá rendir digno homenaje a la conmemoración de la fundación de su ciudad, la muy noble y leal San Francisco de Quito —comentó el profesor sin dejar de mirar extrañado el barbudo rostro de la broncea escultura que, a su vez, ¡le correspondía con una burlesca y congelada mirada de su ojo izquierdo, atrapado en un misterioso y feroz guiño, como nunca antes lo hubieran representado! Pues jamás había tenido él la menor noticia acerca del defecto ocular que ahora acababa de descubrir en Benalcázar—. Esta magnífica efigie del Fundador será sin duda el principal atractivo del próximo festejo —continuó—. Ella, tanto ahora como en el futuro, honrará, realzará y contribuirá a perpetuar en la memoria de los quiteños la fecha gloriosa del nacimiento de su ciudad.

"Me hallo plenamente convencido de que la admiración y el entusiasmo primarán en quienes tengan la fortuna de posar su escrutadora mirada en esta joya esculpida con inmensurable capacidad artística. Su presencia sempiterna tendrá la virtud de transmitir a la posteridad el orgullo que el quiteño actual siente por su ibérico ancestro.

Tanto el licenciado Bobadilla como sus alumnos se hallaban ufanos en igual proporción, saboreando por anticipado las congratulaciones y los aplausos que estaban seguros de cosechar en la ciudadanía en cuanto la escultura fuese exhibida oficialmente. En su fogoso entusiasmo desatado por la materialización de un dorado sueño halagado durante un lapso nada corto, creían ser ellos los genuinos acreedores del homenaje que por justicia le

perteneía al escultor. Al margen de toda lógica, vitoreaban y se felicitaban mutuamente por el éxito que lo creían conquistado, en vez de formular votos por el advenimiento de él. Cosa más fácil de admitir teniendo en cuenta la euforia reinante que les sumía en una atmósfera de dulce embriaguez.

Solamente el maestro Tomalo, no obstante ser el autor de la singular escultura, que tenía la virtud de producir tanta exaltación en el ánimo de quienes la miraban, daba la impresión de no compartir de la satisfacción general. Su rostro cobrizo, como esculpido en duro granito, permanecía congelado en un rictus de inmovible frialdad. De vez en cuando permitía a sus oscuros ojos, negros como el hollín, pasear una mirada despectiva sobre la concurrencia.

—¡Salve excelsa España, forjadora de naciones —prosiguió Bobadilla, llevando la mano al corazón e inclinando respetuosamente la cabeza frente a la estatua, que en ese instante acababa de ser fijada en el pedestal—, en la imagen de tu glorioso hijo yo te saludo! Que tu nombre sea ensalzado por la humanidad entera y tu memoria eterna —levantó la cabeza con parsimonia, avanzó algunos pasos en dirección del monumento y, con el mismo gesto ceremonioso de antes, continuó—: Gracias don Sebastián por tu magnífico legado: la bella ciudad de Quito.

"El día de hoy, a cuatro y media centurias de su Fundación, un auténtico quiteño eleva su emocionada voz para rendirte pleitesía. Por cierto, la enorme gratitud que abriga mi corazón lo es también para tus compañeros de armas y hermanos de raza, quienes, tan pronto como pusieran sus pies en estas inhóspitas tierras, albergue de incultos pueblos, emprendieron la misericordiosa tarea de rescatar a sus gentes del ignominioso salvajismo en el cual se debatían.

"Ciertamente, debió ser empresa de titanes la de domesticar y, luego, la de evangelizar a los ariscos nativos que, al igual de las bestias silvestres,

vagabundeaban por selvas y praderas sin diferenciar el bien del mal y en total ignorancia de la existencia de Dios. Pronto, con enorme voluntad y espartano sacrificio, domaron los ásperos campos, transformándolos en ubérrimos labrantíos. Construyeron hermosas ciudades, donde el progreso, la paz y la comodidad han encontrado refugio permanente, y el morarlas constituye una delicia. Y pusieron especial esmero en la edificación de sus magníficos templos, enchapados en finísimo oro, bordeando majestuosos angostas calles semejantes a las que serpenteaban las villas de la Madre Patria de aquella época.

"—¡Qué gran corazón poseían los conquistadores!

Al llegar a este punto, el elocuente profesor creyó oportuno tomar un breve respiro y, al mismo tiempo, concederles a sus atentos alumnos la oportunidad de que pudiesen aplaudirle. Pero cuando éstos tenían la boca ya abierta para vivir y las manos listas para palmotear, el maestro Tomalo, que hasta entonces había permanecido en silencio, intervino para dejar sentada su inconformidad acerca de lo que acababa de escuchar.

—¡Demonios! —bufó el escultor, sacudiendo la cabeza como un toro presto a embestir— Qué acertado andaba mi abuelo cuando, tras escuchar algún desatino, se lamentaba: “¡Por qué, Dios mío, me proveíste de oído si iba a ser para mi castigo!” Pero ¿qué se le ocurre a usted, licenciado? Lo que acaba de decir me desconcierta. ¡Jamás me hubiese imaginado que existiera en mi Patria alguien que sintiese una morbosa gratitud por facinerosos semejantes! Pues con lo enunciado por usted se maravillarían aun los mismos invasores. Y quién sabe si ellos ahora mismo no se desternillan de risa en la tumba. — Bobadilla miró estupefacto a Auki Tomalo, motivado por tan descomedida censura a su académico discurso. Pero antes de que le fuese posible defenderse hubo de soportar otra reprimenda incluso peor—. Su admiración por el europeo —prosiguió el escultor—, supeditada al delirio de pretender descender en línea directa de éste, me convoca a reflexionar sobre la

naturaleza de la idiosincrasia del hombre mestizo, cual huracán, constituida por el choque de fragorosas corrientes adversas, empujándose con violencia mutua siempre. Su alma, receptáculo permanente de encontrados sentimientos, lo único que le garantiza es su inestabilidad. Ciertamente, un drama conmovedor de difícil superación debido a la influencia ejercida por su situación genética. Pero resulta aún más aciaga esta devoción cuando es generada por la campaña de extirpación de los valores autóctonos, que el neocolonialismo, amparado en la cómplice indiferencia del magisterio, ejerce en el sistema educativo de los pueblos indoamericanos? Por tanto, Profesor Bobadilla, si la misión de usted es realmente la de educar, jamás permita que la luz de la verdad deje de iluminar el campo de la enseñanza. En honor de la Patria Grande Americana, le exijo enmendar ahora mismo su error. Renuncie definitivamente a la vesania racista y no contribuya a obscurecer aún más la epopeya del indígena, propalando falsedades que desnaturaliza la esencia del hombre americano.

Al silenciar el escultor, sobra decir que nadie intentó ovacionarlo.

El auditorio estaba atónito.

Sin embargo, la sorpresa no tardó en disiparse y el aludido respondió escandalizado:

—Maestro Tomalo, ¡me asombra sus palabras cargadas de fatuo rencor! Pero, por muy indio que usted precie de serlo, no podrá negar que toda la grandeza que ahora ostentan los pueblos de América no se debe sino al incansable esfuerzo del conquistador europeo.

—Y usted, por muy tonto que sea, ¿no cree que ese aporte, si se lo puede calificar como tal, no ha sido demasiado costoso?

—¿Es qué se ha podido pagar en modo alguno la colosal contribución que representó la evolución de estos pueblos y el motor de su progreso? —replicó el profesor Bobadilla, sin apartarse del tema que le interesaba dejar definitivamente esclarecido, olvidándose que poco antes había sido vejado de tonto por su interlocutor—. Vamos, maestro, ¿qué me dice usted acerca de tan importantes aportes como, por ejemplo, la religión, la lengua, el arte, las ciencias y, sobre todo, el mejoramiento de una raza subhumana?

Ahora sí los estudiantes consiguieron aplaudir a su maestro. Las últimas palabras pronunciadas por él les parecieron dignas del más sabio de los siete sabios de Grecia y, en consecuencia, difíciles de poder ser rebatidas. Mas no resultó así, ya que Tomalo no dio su brazo a torcer.

—Debería usted llamarlas más bien imposiciones criminales —trató de corregir Tomalo. Luego de mirar por un instante con firmeza a su oponente, prosiguió—: en todo caso, sus mentadas contribuciones no sirvieron sino para amordazar la libertad y escamotear maliciosamente múltiples conocimientos que —sin el menor deseo de magnificarlos— se hallaban por encima de los adelantados alcanzados por los europeos de ese entonces.

—¡Oh! Con qué esas tenemos —comentó escandalizado el licenciado Bobadilla, mientras arqueaba una ceja, levantando hasta situarla sobre la frente. Y procurando mantener inalterable su desdeñosa actitud, añadió—: Pues ya me lo temía que estaría usted embebido de una apreciable dosis de ciencia ficción. A este tenor, bien pronto afirmará que sus antepasados importaron su sabiduría de algún lugar del espacio exterior y que ellos mismos fueran extraterrestres, ¿me equivocó?

Nuevamente fueron festejadas con estruendosos aplausos las palabras del licenciado, que recibía con profunda complacencia el homenaje de adhesión de sus discípulos.

—De ningún modo —respondió el interpelado en cuanto cesaron las ovaciones—. Pero incluso la fantasía, por paradójica que le parezca a usted, abre en la mente intersticios por los cuales penetra la luz de la verdad. Y cuando ésta, cual semilla que cae en terreno fértil, encuentra la parcela mental propicia para prosperar, pronto proveerá de óptimos frutos. Respecto al origen de mis antepasados, sólo diré que ellos no arribaron a estas tierras en el bajel del pirata. Además, el desarrollo de su cultura indica que estuvieron aquí siempre.

—Pero, ¿qué pruebas tiene usted de esa supuesta grandeza del pasado indígena, que cándida y paladinamente pretende conocerla? —interrogó el profesor, manteniendo la ceja todavía en alto—. Maestro, le emplazo a demostrármela, al menos en parte, la veracidad de la afirmación que usted preconiza.

—Pero, ¡cómo! ¿No están acaso a la vista las impresionantes ruinas precolombinas que afloran a todo lo largo y ancho de del continente americano? ¿Acaso la arqueología no descubre constantemente vestigios de la existencia de pretéritas culturas muy avanzadas y expresadas en arquitectura, ingeniería, astronomía, arte, etc. etc.? —arguyó Tomalo, seguro de que la sola mención de esta prueba, imposible de ser ignorada o soslayada inclusive por el más ignaro de los mortales, le apabullaría.

Mas, para su sorpresa, el comentario que formulara Bobadilla respecto a su exposición de tan concluyentes pruebas, no demostraba ni remotamente que él se hallaba dispuesto a claudicar con facilidad, ya que de la manera más displicente dijo:

—Claro. Ahí lo tenemos unas cuantas pirámides construidas de toscos pedernales, sin diseño preconcebido, desprovistas aun de la más elemental noción de ingeniería y sin la posibilidad de asignarlas utilidad alguna. Si muchas de ellas cuentan con angostas y empinadas escaleras, éstas no llevan a



ninguna parte. En cuanto a su arte escultórico —si a esa incipiente artesanía se la puede llamar caritativamente así—, el talento creativo de sus "escultores" no ha logrado producir sino figuras de pesadilla. El penetrar en el universo de la belleza estética le está vedado a la mente primitiva. Y bien, si a esto se suma algunos montones de cantos rodados diseminados aquí y allá, la herencia cultural que la civilización indígena ha legado a la posteridad, no es del todo alentadora que digamos.

"Aquí hace falta testimonios concretos y de envergadura que avalen, en toda la acepción de la palabra, la verosimilitud del supuesto desarrollo cultural que usted atribuye a sus ancestros. Por lo demás, ningún hábil argumento puede ser lo suficiente sólido para catalogar como civilizado al hombre americano precolombino, sin presentar primero testimonios como los que ostentan, por ejemplo, las antiguas civilizaciones griega y egipcia, los cuales, además de certificar su floreciente pasado, han sido fuente de conocimientos donde libaron su saber posteriores culturas de todo el orbe.

"Maestro, aunque me resulta penoso el decepcionarlo, no por ello he de callar ni soslayar mi deber de señalar su craso error respecto a la flaca herencia de sus antepasados. Bien lo sé —y por supuesto lo comprendo— que cuando un hombre se halla a punto de perecer de sed, su sentido de percepción se altera y cree ver un lago de frescas aguas donde no existe sino candente arena. Por tanto, ¿por qué alguien que procede de un pueblo enquistado en la edad de piedra apenas hasta ayer y que anhela para sí la luminosa trayectoria histórica que caracterizó a civilizaciones fértiles, no ha de creer ver un rico manantial cultural en el árido desierto de la suya? Es necesario mirar con desconfianza tales espejismos, maestro.

Para entonces, el artista se hallaba casi desfigurado por el enfado. Su moreno rostro se había vuelto morado de puro rojo y su pecho, cabida de explosiva furia, se abombaba como el de un palomo. Más le hubiese valido, para su tranquilidad, abandonar aquel espinoso diálogo y evitar así constantes

y flagrantes vejaciones a su raza, a sus antecesores y a su dignidad. Pero prefirió quedarse y responder al palo con la piedra.

—La circunstancia que usted desconozca lo que acaba de negar no implica necesariamente que tal cosa carezca de verosimilitud —replicó agriamente el indígena escultor, mientras que con bruscos pero expresivos ademanes reforzaba sus palabras.

Bobadilla, lejos de imitar la actitud asumida por su oponente, quien no escatimaba fogsidad en gestos y miradas para imprimir mayor fuerza a sus expresiones, hablaba con calma, fluidez y con esa forma impersonal que adoptan para sus conferencias pedagógicas los catedráticos versados, por estar seguros de lo que dicen y que lo dicen por enésima ocasión.

Por lo visto, la tesis que sostenía él no era asunto al cual se lo hubiese podido calificar de cuestión de honor, sino materia de difusión científica. Fiel a su misión, opinaba que su deber como perito en historia y como educador le impedía pasar de largo si en su camino tropezaba con errores que su sapiencia podía enmendarlos, aunque estos se presentasen en un perímetro extraño a su cátedra. Creía de buena fe ser un evangelista de la divina ciencia histórica.

Sin embargo, las últimas palabras del escultor le habían dejado perplejo. Que le hubiesen calificado de tonto o de feo, bien podía habérselo pasado inadvertido y jamás se le hubiera ocurrido pedir satisfacciones a su ofensor. Pero que alguien pretendiese desconocer su sabiduría, sabiduría adquirida en base de luengos años de estudio e investigación, bueno, eso sí que le parecía imperdonable, sobre todo porque la vejación se le habían inferido frente a sus discípulos.

De manera que se veía ahora en la necesidad de imponer el respeto del cual muy merecidamente era acreedor su prestigio. No obstante, la razón le aconsejaba la necesidad de ir con suma paciencia y cautela extremada con

aquel furibundo aborigen que pretendía conocer la Historia con mayor profundidad que un especialista en tal disciplina científica, él incluido. Vaya, ¡qué se había imaginado el tunante! Pues ya le haría trizas bajo el demoledor peso de su erudición.

—Entonces, ¿supone usted que nuestra Historia es incompleta? —dijo el licenciado Bobadilla, aparentando actitud conciliadora, pero que encubría la intención de hacer caer a Auki en contradicciones comprometedoras— Le confieso, maestro, que yo mismo no he encontrado en texto alguno nada que se relacionara con lo que usted señala.

—Mucho más que eso —replicó Tomalo, dando la impresión de no advertir el garlito que le tendían. Luego, arrugando el ceño, miró el cielo y notó en él un desalentador presagio. Las nubes parecían tener demasiada prisa en extenderse. Desde luego, no eran de las que se presentan para decorar el cielo con su alba gasa, sino teñidas de un tétrico gris plomizo. Pensó que la lluvia no tardaría en precipitarse sobre la franciscana urbe, puesto que el gélido viento que precede a ésta, reptaba ululante desde hacía rato—. La historia de los pueblos de América tal como se la conoce —continuó—, en modo alguno va pareja con la verdad. Sólo se trata de una sarta de mentiras escritas sin el menor pudor, para ocultar los crímenes de lesa humanidad cometidos por los conquistadores en los pueblos sojuzgados.

"Los invasores, en la cúspide de su perversidad, donde les situara la codicia, no tuvieron el menor rubor en negar el elevado nivel cultural que habían alcanzado los aborígenes cuando les sojuzgaron en nombre de España, a fuerza de arcabuz y espada. A la sazón, los conocimientos científicos que poseían los pueblos de América, superaban en mucho a los que contaba la vieja y decrepita Europa, enclaustrada en la deplorable inopia. Los aztecas, mayas e incas, por ejemplo, conocían perfectamente la mecánica celeste y, gracias a ello, podían calcular el desplazamiento de los astros y predecir los fenómenos meteorológicos con exactitud. Lo cual les permitió desarrollar con

éxito la técnica agrícola y convertirse en expertos marinos. Fueron además excelentes ingenieros y arquitectos y, por supuesto, artistas insuperables que en nada tenían que envidiar a sus colegas egipcios y griegos de la antigüedad. La avanzada técnica usada por ellos en la construcción de sus obras monumentales, asombra a los sabios de hoy. Y bien, ¿qué me responde a todo esto, licenciado? ¿Sin duda también usted habrá tenido noticias de ellas? —se burló finalmente.

Por cierto, Bobadilla tenía amplio conocimiento de las mentadas ruinas incas, mayas, aztecas y aun toltecas y chichas, pero no parecía dispuesto a conceder la mínima importancia a ese colosal testimonio dejado por aquellas civilizaciones precolombinas. Jamás había tenido inclinación a tomar partido por nada que ni remotamente oliese a nativo. Y apretando su desdeñosa sonrisa, comentó:

—Conozco perfectamente la prehistoria de América, maestro. En cuanto a las ruinas que usted alude, debo decirle que existen realmente, aunque nadie conoce a qué civilizaciones pertenecen ni desde cuándo existen. ¿Corresponden por ventura a las mismas culturas que se las atribuye su maternidad? Pues nadie lo sabe a ciencia cierta. A veces me pregunto ¿si éstas no pertenecen a ciudades y monumentos edificados por los mismos conquistadores españoles y que luego las relegaron al olvido? —dijo con perversidad el educador.

Tomalo se hinchó como un globo al escuchar semejante profanación a la historia. Hubiera deseado terminar a insultos e incluso a mordiscos a tan vil difamador, pero logró dominarse y continuó defendiendo la grandeza de su raza, no por el prurito de polemizar con su detractor, sino con la idea de iluminar con la luz de la verdad la mente de aquella confundida horda de futuras eminencias quiteñas, que le escuchaba con la burla pintada en el rostro.

—¿Es una broma, licenciado? —ironizó Tomalo, procurando disfrazar su pésimo talante— Pero continuemos. Y dígame ¿qué opinión le merece la famosa ciudad inca de Machu Pichu?

—Si he de ser sincero —respondió con aparente convicción Bobadilla— le diré que tengo mis reservas al respecto. Como usted estará al corriente, hasta bien entrado el presente siglo, ninguna noticia se tenía de la existencia de tales ruinas. Pero de repente aparecieron a los ojos del mundo como por arte de magia. Surgieron éstas de la noche a la mañana como lo hacen los hongos. ¿No le parece que todo esto resulta demasiado sospecho?

El indígena escultor, entrenado ya en oír insólitos argumentos de labios de su interlocutor, no se sorprendió de la nueva aberración que venteara. Mas esto no quería decir que la esperara indiferente. Su serenidad era sólo aparente, exterior y somera, por ello continuaba, por lo bajo, bufando como un toro embravecido. Lástima que las malformaciones mentales y taras de educación que adolecía aquel obcecado racista no le fuera posible arrancarlas a golpes de cincel como lo hacía con un bloque de mármol para transformarlo en fina y elegante escultura. De lo contrario, estaría ya ocupado en embellecerle merced a mazo y escoplo.

—¿Cómo se explica eso? —inquirió Tomalo a punto de estallar.

—Me parece posible que no se trate más que de falsas ruinas, edificadas por los peruanos actuales con el deliberado fin de captar el turismo para su país — se explicó el profesor, sin que los cimientos de su formación pedagógica se conmoviesen—. Pues tan hábiles como lo son cuando de elaborar patrañas se trata, no habrían tenido escrúpulos para fingir el hallazgo de la supuesta ciudad inca. El descubrimiento de ésta por un aventurero yanqui es de suyo bastante decididor.

Tomalo, pese al convencimiento de que cuanto escuchase a Bobadilla no podía sorprenderle ya, estaba lejos de haber adquirido inmunidad a la propalación del disparate. Porque, a la invocación de las últimas palabras de su interlocutor, sufrió un fuerte respingo, como si hubiese recibido una descarga de alto voltaje. Dibujó una mueca feroz en su oscuro y tosco rostro y, esgrimiendo uno de sus cortos y rollizos brazos como si se tratase de un garrote, rugió:

—¡Imposible!

—Créame, maestro, que ninguna patraña es imposible de urdir a los peruanos —dijo tranquilamente el profesor—. Pero ¿de qué se sorprende usted si lo que acabo de opinar parece ser lo más probable? ¿Le parece imposible que Hiram Bingham, el estadounidense que en 1911 mostrara a la presa ciertas ruinas, que a la sazón no impresionó a nadie, asegurando que había descubierto Machu Picchu, no estuviese al exclusivo servicio de la propaganda mercantilista peruana?

—Sin embargo —, arguyó el escultor— las ruinas de Machu Picchu se encuentran precisamente en el lugar que Hiram Bingham aseguró haberlas descubierto. Además, poseen la virtud de impresionar a cuantos tienen la fortuna de verlas. De ello no tenga usted la menor duda, licenciado.

—Ciertamente —repuso Bobadilla, sin inmutarse—, en la actualidad lucen ellas impresionantes, después de tantos años de “reconstrucción cuidadosa”, claro.

—¡Ha perdido acaso usted la razón! —profirió Tomalo, envolviendo a su interlocutor con una mirada de sus chispeantes ojos, cual auténticos lanzallamas.

Los estudiantes miraban a su maestro llenos de expectación, en espera de la réplica adecuada que sabría él presentar a su ofensor. Pero el pedagogo parecía no haberse enterado del agravio que acababa de ser objeto. Es más: cediendo a su actitud hostil, le sonreía al escultor, que mantenía a su vez el gesto enfurruñado. Bobadilla había visto de pronto la necesidad de zanjar aquel asunto que iba tomando mal cariz al haberse, sin saber cómo, derivado hacia el conflictivo campo de la controversia, del cual ninguno de los antagonistas saldría con la dignidad ilesa. Le pareció que lo más sensato sería, en aras de la cortesía que estaba obligado al autor de aquella soberbia escultura que honraría a su colegio, abdicar al placer de probarle la escasa inteligencia que honraba a la raza cobriza y ceñirse únicamente a su deber de ilustrar a sus discípulos.

Se dirigió a los atentos jovencitos, para retomar el hilo del discurso interrumpido por el indígena detractor, y, con el mismo ardor de antes, volvió a ensalzar a los conquistadores españoles y a escarnecer a los aborígenes sojuzgados.

El viento ululó al deslizarse por los tejados de los feos y deprimentes edificios circundantes, modulando un silbido prolongado como el lúgubre prelude de una rapsodia entonada por voces de ultratumba.

Y el día, oprimido por un manto oscuro y compacto, murió en mitad de la tarde, ahogado por la gélida lluvia.

## CAPÍTULO DOS

Había transcurrido un año exacto. Y durante este lapso, muchas nubes habían llorado sobre la franciscana ciudad.

Hoy volvemos a encontrarnos precisamente en el mismo lugar donde, en medio de un torrencial aguacero, nos vimos forzados a abandonar al eminente licenciado Bobadilla mientras pronunciaba un florido discurso frente a sus atentos discípulos, interesados en incrementar su acervo cultural, a Auki Tomalo, embargado de una furia asesina, y a la bronceínea estatua del Conquistador Sebastián de Benalcázar, sometida por primera vez a la inclemente lluvia.

Por cierto que nos hubiese gustado acompañarles unos minutos más a aquellos pintorescos personajes y conocer el desenlace de tan interesante discusión si el tiempo no se hubiera confabulado en nuestra contra, ahuyentándonos de allí.

Sin embargo, de poco hay que lamentar, puesto que también los actores de aquel drama, cada uno por su lado, se alejaron casi de inmediato del escenario, ansiosos de ponerse cuanto antes al socaire de la tempestad.

Pero ahora se hallaban ellos presentes, sin que faltase nadie. Es más: nada había cambiado en ellos con relación a sus costumbres, vicios, virtudes y aspecto, salvo Bobadilla, que debido a la investidura de Rector alcanzada apenas un par de meses antes, se mostraba más atildado y autoritario que un sargento primero.

La comparecencia, en ese lugar y en esa fecha de los años sucesivos, del personal vinculado con aquella noble institución educativa, que tuvo la fortuna de presenciar la erección del famoso monumento, había quedado establecida como obligación y privilegio a la vez por decreto del Rector Bobadilla. En esta ocasión se habían reunido allí para solemnizar, ellos solos y en privado, el aniversario primero del memorable acontecimiento. Porque si algo debían conmemorar con fervorosa devoción era el día en que fuera levantada la estatua del patrono de su colegio. Que los demás le rindiesen



culto, exactamente, el 6 de Diciembre, o en momento distinto, bueno, lo estaban en libertad. Pero en cuanto a ellos ya lo sabían cuándo.

Por cierto que la comparecencia de Tomalo no obedecía a la casualidad ni mucho menos a la nostalgia que Bobadilla sintiese por los desaires que sufriera en similar fecha del año anterior. Simplemente, lo habían invitado para que realizara el magno evento con su decorativa presencia.

A la sazón, la estatua de Sebastián de Benalcázar se había convertido en el monumento más célebre del país de la mitad del mundo y, por supuesto, su genial artífice había ascendido al sitial de las divinidades. A su lado, Fidias y Milo no eran sino pálidos esbozos del artista estatuario.

Cuando Tomalo iba por las calles de la ciudad, ahora de puro milagro, el tránsito se interrumpía para permitir que la gente le tributase pleitesía. Arzobispos, magnates de la banca y de la industria, Ministros e incluso jefes de Estado parecían viles gentuzas junto al gran artista.

Cosas que sólo la fama consigue. Ahora, en su rostro ferino y en su rechoncho cuerpo, rotundo como un pondo, encontraban sus admiradores perfección e incalculable belleza. Aparecieron y proliferaron asociaciones de fanáticas suyas con la prontitud que lo hacen las setas. Y del asombro que, poco antes, originara en todos su matrimonio con una bella suiza, no quedaba ya el menor vestigio.

Su prestigio profesional elevado a las célicas alturas y conservado allí con firmeza, se debía en buena proporción a la contribución de la prensa. El diario "El Comerciante", modelo de altruismo, se había impuesto la tarea de informar al mundo entero del dominio extraordinario alcanzado por Auki Tomalo en la técnica del sublime arte estatuario. Escudero, el reputado comentarista cultural de este diario, le dedicaba los domingos su página

completa. Derrochaba panegíricos, le paseaba por las nubes y le ensalzaba llamándole "Divino".

Y bien, que Tomalo fuera el más destacado de los escultores los sabían aun quienes desconocían lo que elaboraban éstos. Y que Escudero, el feroz crítico de arte, vivía últimamente sólo para elogiarle no lo ignoraban ni en las remotas aldeas.

Pero lo que nadie conocía ni jota era de los cheques que el "Divino" endosaba cada semana a la cuenta bancaria de Escudero. Pues todo hay que decir.

### CAPÍTULO TRES

—La raza cobriza, al igual que sus hermanas gemelas, la negra y la amarilla, jamás podrán superar su condición de inferioridad. No importa su origen que prefieran atribuirlo: Creación o Evolución. En ambos casos, su destino es el mismo: subordinarse al dominio de la superior, la blanca.

"Tanto la religión como la ciencia lo condenan. Si su génesis se halla vinculado a la Creación, según la Biblia, su estigma está en la estirpe del hijo maldito del patriarca Noé. Si se debe a la Evolución, basta con mirar a uno de sus ejemplares para saber que éste se halla mucho más cerca del mono que del hombre.

Bobadilla efectuó una pausa que sus alumnos la aprovecharon para dedicarle una cerrada ovación. El homenajeadó, que, entre otras cosas era el espejo de la modestia, se envaneció como un pavo real. No obstante, levantando significativamente la mano, impuso silencio en aquella ruidosa concurrencia, advirtiéndole que aún no había concluido con su edificante discurso.

Un ominoso silencio, cargado de una tensa quietud, cayó sobre los colegiales, que esperaban continuar acumulando conocimientos históricos e iniciarse en el culto de amor hacia las etnias autóctonas, a la vez. Claro que, luego de escuchar aquella disertación imbuida de profundo contenido filantrópico, no se explicaba cómo difiriesen en languidecer de amor por ellas.

La expectativa era tal que hasta la estatua era todo oídos.

Sólo a Tomalo parecía absorberle preocupaciones distintas.

—Su mentalidad —agregó el pedagogo, seguro de lo que decía—, en donde acontecen sin duda ocasionales destellos de inteligencia, es sin embargo incapaz de elaborar ideas de tal complejidad que determinen los mecanismos requeridos para configurar nociones de progreso.

Volvió a repetirse la pausa, pero Bobadilla, con un fiero gesto facial que habría detenido la caída de un rayo, evitó el aplauso que iba a producirse. Le irritaba que le festejasen luego de cada diez palabras pronunciadas. En realidad la pausa se debía a una distracción mental originada por aquella actitud de gélida indiferencia adoptada por Tomalo con relación a sus conceptos vertidos acerca del hombre precolombino.

Le empezaba a intranquilizar el misterioso silencio del indígena artista, máxime cuando tenía en mente divertirse a su costilla, viéndole rabiar.

Cavilaba cómo se había divertido durante todo el año, recordando lo frenético que le había puesto al célebre indígena el comentario de unas cuantas razones que ha ningún otro ciudadano habría molestado. En la presente ocasión, no obstante el tesón puesto en sacarle de sus casillas, nada había conseguido todavía. Se sentía poco menos que defraudado por esta causa. Pero Bobadilla no era hombre a quien le arredrara el fracaso si contaba con el arma adecuada para enfrentarlo. Afortunadamente esta vez tenía a su disposición este recurso: su versátil elocuencia, susceptible de adaptarse a la exigencia de las más disímiles circunstancias. Y fue a esgrimirla. Dudando de la contundencia ofensiva de las frases empleadas hasta entonces, pero confiado en poder mejorarlas, prosiguió:

—Hasta el advenimiento de los españoles, el indígena americano no había conseguido inventar siquiera la máquina más simple. La rueda le era desconocida, la técnica y las ciencias se contaban entre los conocimientos ignorados para él. Y si bien, sólo poco antes había inventado la choza destinada a vivienda, ésta carecía de puertas. El ingreso lo hacían por el techo, trepando las paredes como lo harían los simios. Y sólo el arribo del conquistador español vino a poner fin a su deplorable e inútil existencia.

"Y de pronto se vio el indígena elevado a la condición de persona y nadando en la prosperidad. El conquistador blanco, prefiriendo ignorar las frecuentes fechorías del nativo —que en materia de picardía era fértil y no se andaba por las ramas—, velaba solícito por él con la inagotable bondad de un padre sacrificado.

Al concluir estas frases Bobadilla ya no se hallaba inseguro como antes de empezarlas. Ahora sí que había dado en la diana. Los ojos de su invitado de honor cambiaron repentinamente de color. Lo que terminaba de oír era más de lo que podía resistir sin que el deseo de cometer un homicidio viniese a sacar de esa aparente tranquilidad en la cual se había escudado, venteando la verdadera intención que su anfitrión habría tenido para invitarle.

Por cierto, en modo alguno le había engañado al escultor el convite que le hiciera Bobadilla. Sabía de larga data que éste le aborrecía. Claro que tampoco él le correspondía con un amor ciego. Y por ello, al aceptar la sospechosa invitación, se prometió sufrir estoicamente los vejámenes con que Bobadilla le obsequiaría. Y, a su vez, en cuanto éste pusiese fin a su injuriosa disertación, le retribuiría con una fenomenal sorpresa que le iba a dejar tan seco como si hubiese servido de banquete a una bandada de vampiros.

Sin embargo, no había previsto la verdadera magnitud de la artillería verbal que su espontáneo ofensor usaría en su contra. Por tanto, a la hora de la verdad, se vio precisado a cambiar de táctica. Las circunstancias le exigían dejar su silente posición, que no le ponía al abrigo de un alevoso ataque, y presentar frontal lucha. La actitud de la grulla que esconde la cabeza bajo el ala mientras arrece la tormenta, no le parecía una solución plausible, máxime cuando más de un centenar de ingenuos adolescentes, nutriéndose de las ponzoñosas enseñanzas de un sujeto desaprensivo y racista, se exponían al peligro de edificar su educación sobre cimientos sustentados en la arena movediza del error y la mala fe.

En todo caso, no sería precisamente él, orgulloso hermano de raza de Quitumbe, Atabalipa, y Rumiñahui, quien soslayara el sagrado deber de impedir que aquella epidemia extranjerizante continuase extendiéndose por el país como el fuego sobre un reguero de pólvora. Y qué mejor ocasión que la presente para iniciar una Guerra Santa contra el enemigo y rescatar la gran herencia cultural de las etnias nativas.

Sería una gran cruzada emprendida bajo el estandarte de un sentimiento de dignidad nacional.

¡Era una brillante idea!

Además, ¿no era una bonita manera de humillar a Bobadilla? Para lograr mayor efecto, sólo tenía que, aparentando serenidad, esperar a que éste diera por terminada la diatriba para entonces tomar la palabra. La mente dúctil de los adolescentes no se resistiría a ser moldeada de acuerdo con la verdad histórica y los caros intereses de un pueblo que, en mala hora, ha sucumbido a la ilógica tentación de falsear su identidad, avergonzándose de sus raíces.

Luego de esta reflexión, se revistió Tomalo de serenidad. Cesó en el acto de gesticular su melifluo rostro, apagó las llamaradas de sus porcinos ojillos y, cruzando los brazos sobre su abultado abdomen, se puso a mirar con expresión de infinita piedad a los disciplinados jovencitos, formados en perfectas hileras, que le habían ignorado por completo durante toda la ceremonia, a pesar de haber permanecido frente a ellos, a dos pasos de Bobadilla y a sólo uno de la estatua, su obra maestra. Rígidamente, siempre en posición de firmes, emulaban la quietud congelada de la representación de Benalcázar, la cual parecía fascinarles como un brujo.

El escultor esbozó una velada sonrisa.

A Bobadilla no le hizo ninguna gracia la astuta sonrisa que el indígena escultor dibujara primero en sus ojos y luego, con similar efecto al de los brochazos de pintura sobre una pared, la iba extendiéndola por el rostro, estirándola por las mejillas, hasta detenerla en la boca y ensancharla en los abultados labios.

Le parecía insólito que un digno descendiente de Duchicela, o tal vez de Daquilema, o acaso de Eplicachima, o quizá de uno de los huasicamas de las haciendas de su abuelo paterno, o del que fuere, pudiese permanecer impertérrito luego de recibir tantos ultrajes que debían haber lastimado su dignidad como cuchilladas.

¿Acaso el indígena se había vuelto sordo de repente? Pero si apenas un momento antes ¿no había descubierto en sus ojos el destello de todo el fuego del infierno? ¿Qué le sucedía a su invitado? ¿Le iba a privar del placer de reírse a su costa durante el año venidero?

Nada de eso.

Le sacaría de quicio, aunque se viese en la necesidad de atribuir a su estirpe todas las barbaridades cometidas por las hordas de Atila, Gengis-Kan y Temur-Lang juntas.

¡Al diablo con la cortesía y la gratitud que le debía al genial artífice del monumento, aunque debido a su fama hubiese alcanzado elevado prestigio el centro educativo regentado por él!

Echó su cabeza, de rubia cabellera y sonrosada faz, hacia atrás y dijo:

—Pero no, definitivamente no, pues no fue la empresa de proveerle de vestuario y techo confortables y de regalarle con exquisitos y abundantes manjares, ni la única ni la mayor que el español realizara en beneficio del "eslabón perdido" que acababa de descubrir, sino aquella que consistió en amaestrarle y, de esa manera, convertirle en un ser útil y sobre todo menos peligroso para su cotidiano manejo.

Miró al artista y vio complacido que por fin había cesado de sonreír y que arrugaba los ojos como un tigre dispuesto a darse un banquete con su víctima. Y agregó:

—Para finalizar, diré que esta empresa no tenía un ápice de agradable. Por el contrario, entrañaba riesgos tremendos. Pero el bravo español no se amilanó ante el peligro. ¡Se encomendó a Dios, dictó su testamento, se despidió de sus amistades y, con la sola ayuda del látigo, se convirtió en domador! —se dirigió a la estatua y, con una voz que contenía, por partes

iguales, respeto, gratitud, servilismo y también pedantería, selló: — ¡Don Sebastián, ilustre señor de Benalcázar, en esta fecha consagrada a tu gloriosa memoria, tus lejanos descendientes te saludan!

El escultor, que únicamente aguardaba dejar de oír la dilatada perorata del prestigioso educador para tomar por su cuenta la palabra, vio que le venía como anillo al dedo la última frase, que describía del modo más descarnado la crueldad del conquistador.

No hubo de caminar un solo paso en ninguna dirección, ni siquiera se vio en la necesidad de girar un solo grado la cabeza, ya que, desde el lugar en que se hallaba, su mirada podía barrer sin esfuerzo tanto al profesor como a sus alumnos. Tan sólo permitió que la congoja acumulada durante cinco siglos de injusticias fluyese de su boca, materializada en palabras doloridas y a la vez impregnadas de incalculable rebeldía.

—Pues sí —exclamó Auki—. Y mientras el amo, o domador —como usted ha preferido llamarlo— más hacía silbar el látigo sobre los lomos del indio, mayores eran los beneficios pecuniarios que obtenía de él.

Bobadilla avizó el momento de diversión que dudaba que ya llegase y dedicó a su invitado una aviesa sonrisa en plan de provocación.

—Bien mirado —continuó Tomalo—, el dolor que hubo de padecer el indio como fruto de la tortura física, resultaba una caricia junto al producido por el ingrato proceso de aculturación emprendido en su contra. Atentado de lesa humanidad. El todopoderoso blanco, con el pérfido afán de envilecer al indígena, jamás se contentó únicamente con degradar su dignidad, sometiéndole a la más abyecta esclavitud, sino que, negándole su capacidad intelectual y el derecho a conservar el legado de su milenaria cultura, no tuvo empacho en clasificarle como un espécimen subhumano.



Bobadilla mantenía atentos sus oídos. No quería perder una sílaba de aquella diatriba que, luego recordada y comentada con sus amigos y compañeros de cátedra, les iba a divertir como ningún acto cómico que jamás payaso alguno hubiese regalado.

De sus alumnos, en cambio, eran muy pocos los que ponían atención al discurso del escultor. La mayoría, cansados quizá por el largo tiempo que habían permanecido parados en rígida posición, se movían y conversaban en baja voz.

—Sin embargo —prosiguió con voz en grito el escultor—, no todos los testimonios de las culturas precolombinas han podido ser suprimidos, no obstante el empeño por lograrlo. Su lengua se conserva aún en muchos lugares, aunque viciada por la influencia de idiomas invasores. En cuanto a su religión, el cristianismo no ha podido desplazarla pese a los siglos de imposición de la cruz. Por tanto, goza de excelente salud y se la practica discretamente. Incluso el arte y los usos ancestrales se mantienen latentes debajo de esa avalancha de prácticas exóticas y ajenas a su idiosincrasia.

"Increíblemente, estos valores vernáculos han logrado sobrevivir a los ataques del enemigo que, camuflado con los más variados embozos y tintes, ha podido infiltrarse hasta en los estratos más humildes de la sociedad —movié las manos como si hubiese querido librarse del asedio de una miríada de inoportunas moscas, aunque su intención era la de conseguir captar la atención de los estudiantes que, distraídos en asuntos baladíes, malograban el oro de sus palabras. El gesto consiguió el objetivo deseado y Auki Tomalo continuó—: Sin embargo, hoy más que nunca, el peligro de perder la identidad de pueblo con raigambre indígena se agiganta, ya que la conjura para consolidar la supremacía caucásica cuenta a su favor con la complicidad de malos indoamericanos que reniegan de su origen.

"Cumpliendo consignas neocolonialistas, toda una gavilla de pillos de siete suelas, traidores y mentecatos se han puesto al servicio incondicional del enemigo. Son estos, ruines mercenarios de la antipatria, que batallan con denuedo en todos los frentes, ufanándose de ganar terreno en cada combate.

"Son aguerridos soldados que, en su lucha, jamás dan cuartel al contendor ni sienten piedad por el vencido. Enceguecidos por un odio injustificado, no columbran que su víctima no es otra que su propia nacionalidad. Son los ilustres descendientes de aquel a quien la Biblia señala con el nombre de Caín.

"Éstos, igual que el gusano que ha conseguido albergue en una manzana, devoran y convierten en podredumbre lo que no puede escapar a sus voraces fauces. Su presencia no la disimula, porque les resulta imposible de esconderla. Su fetidez la denunciaría incluso a la distancia. Son como hongos en descomposición, que brillan y apestan bajo la claridad lunar.

"Para que pudiesen viciar la atmósfera con su putrefacto hálito y hozar, con la atrocidad del paquidermo de Erimanto, el florido jardín de los valores autóctonos, los han repartido estratégicamente en organizaciones de difusión masiva, como la religiosa, la pedagógica y la informativa. Colosales instituciones con morfología de pulpo.

"Son ellas en realidad verdaderos pulpos, expertos en el arte de bucear las pútridas aguas de la deshonra.

"Sus tentáculos se enroscan en la garganta del Orgullo Nacional como el lazo del verdugo. Adheridos a él mediante infinidad de asquerosas bocas, no renunciarán a su fatal contacto sin antes no haber succionado hasta el último residuo de su numen....

La estridente risa de un jovencito quebró el optimismo del orador, que había creído hallar en el expectante silencio del auditorio un atisbo de interés despertado por el clamor de sus denuncias contra ese monstruo llamado neocolonialismo. No obstante, prefirió no conceder importancia a la histeria del mozalbete e intentó continuar llevando aquel mensaje a la conciencia como si nada hubiese ocurrido. ¿Por qué preocuparse de minucias así cuando en los campos de batalla de su Guerra Santa se vería a menudo inmerso en episodios efectivamente serios?

Pero lo que comenzó como una ligera llovizna concluyó en estruendosa tempestad. La risa prorrumpida por el mancebo, que no había encontrado sino bromas en las sentidas expresiones de Tomalo, fue coreada por las de sus compañeros que actuaban con espíritu de cuerpo.

Mientras tanto Bobadilla, indiferente a la ofensa de lesa hospitalidad que su invitado de honor estaba siendo objeto en sus propias narices, parecía entregado a profundas reflexiones. Con la mirada centrada en el rostro de la famosa estatua, que se recortaba sobre la blanca y alta pared levantada al fondo del ágora, sordo y mudo, consentía que sus alumnos penetrasen cada vez con mayor osadía en el pantano de la mofa.

Era evidente que a él no le habían afectado en nada las acusaciones de contribuir al exterminio del legado indígena en su cultura y en su espíritu. Lo que en buen romance se hubiese podido entender como un cargo de alta traición perpetrado contra su pueblo de profunda raigambre autóctona. Y no le afectaba, porque él no acusaba ninguno de los estigmas propios de la raza cobriza. Jamás le confundirían con un indio, ni siquiera con un mestizo. ¡Imposible! Sus finas facciones del más puro estilo caucásico le ponían al amparo de malentendidos y obraban de “Ábrete sésamo” en la buena sociedad al mismo tiempo.

El artista, seguro de que las risas terminarían tarde o temprano por morir agotadas por su propia exaltación, se preparó resignadamente a esperar el advenimiento del silencio para continuar con su fervorosa arenga. Entre tanto, moviéndose con una agilidad impropia para su peso, huyó de los dorados rayos del mañanero sol que empezaban a picar, abatiendo como dardos sobre su prieto rostro, y buscó refugio en la reducida sombra que proyectaba la estatua. Situado ahora más cómodamente gracias a su precaria protección, adoptó adusta actitud frente al auditorio que le agraviaba. Girando despaciosamente la cabeza, como en cámara lenta, dejó deslizar la mirada por encima de los adolescentes hasta detenerla en los rojizos tejados de los edificios de corte colonial que se extendían ante sus ojos como una vieja y manchada alfombra. Abstraído aparentemente en ese contemplativo talante, resultaba difícil avizorar lo que pensaba.

## CAPÍTULO CUATRO

La espera pudo haber resultado larga. Quizá demasiada larga para un conferenciante que, interesado en dejarse oír cuanto antes, esperase hallar la debida atención en una multitud formada por jóvenes de genio vivo y bullicioso como el que caracteriza a los monos. Además, nada resulta más difícil de encontrar que un grupo de gente joven dispuesta a adoptar de buen grado la rígida compostura cuando ha sido tentado por la divertida chacota. Y en esta ocasión, ya que en la alocución escuchada se habían topado con abundante tela que cortar, las guasas que podían confeccionar con ella bien podía ocupar el resto del día.

Luego de que el profesor expresara su discurso, los estudiantes habían roto filas y ahora iban y venían en completo desorden, como una manada de borregos sin pastor.

Lo que estaba ocurriendo resultaba demasiado para el gusto de Tomalo. Dejando olvidados los tejados de las casas miraba ahora agriamente a Bobadilla, culpándole de la descomposición moral de sus alumnos. Pero aquél continuaba con su atención centrada en el rostro de la estatua, sin enterarse de nada de lo que sucedía a su lado.

Antes de continuar es necesario dar a conocer que Bobadilla poseía cara angulosa y sarcástica boca al estilo de Voltaire. Llevaba siempre atuendo de encarnado color que acentuaba el aspecto del típico profesor pedante.

Y bien, no iba a ser él, el gran Tomalo, aclamado por la prensa, amigo de jefes de Estado y de arzobispos, ensueño de románticas damiselas y pesadilla de sus envidiosos colegas, vilipendiado en este momento por una banda juvenil, sin que moviese un solo dedo. ¡Diantre! Era necesario imponer respeto en esos soeces jovencitos si quería liderarlos, primero como sacerdote, para iniciarlos en doctrina cívica, y luego como su comandante en jefe, puesto que les convertiría en soldados de la Patria.

—¡Alto, hato de bandoleros! —tronó el escultor y, como por arte de magia, un ominoso silencio, espeso y sofocante, sepultó la algazara.

—¡Perdón! ¿Decía usted algo? —exclamó sobresaltado Bobadilla, no por el grito sino por el repentino silencio que de repente le envolvía.

—Sí —respondió con sorna el aludido—. Le exijo a usted despertase ya.

Bobadilla le retribuyó con una sonrisa que aparentaba ser cortés, pero de la que toda semejanza con la que popularmente se conoce por cortesía no era más que mera coincidencia.

El indígena artista dirigió mirada y brazos hacia los adolescentes, que continuaban en silencio, aún estremecidos por su potente grito, y empezó con atronadora voz:

—Señores, señores míos, la verdadera historia de América está a punto de escribirse...

—Vamos, maestro, pero ¿qué le hace dudar de la veracidad de la que conocemos? —se apresuró a interrogar el pedagogo.

Tomalo lo ignoró y continuó:

—El infame membrete de inferioridad aplicado al indio, no puede ya mantenerse incólume ante las luminosas revelaciones claras como el sol. La bendita arqueología, ejercida por especialistas cada vez con mayores conocimientos profesionales y también cada vez más desvinculados de sentimientos antiamericanos, no pasa un solo día sin descubrir nuevas pruebas de que América fue ciertamente la cuna de la humanidad. En consecuencia, la raza de "cobre" es la más antigua del mundo y sus miembros, los artífices de las primeras civilizaciones del planeta.

"La verdad salta a la vista por donde se mire. Están por todas partes sorprendentes filones arqueológicos para certificar la presencia de pretéritas supercivilizaciones en la comarca americana. Si la Atlántida, según Platón, fue una isla situada muy cerca de un continente —el nuestro, fuera de duda—, tal cosa significa que aquel avanzado pueblo fue parte de las civilizaciones de la América precolombina. ¿Es qué se puede pedir más a la suerte el indoamericano?"

"Frente a la antigüedad de nuestra noble raza, cuyo origen se pierde en los confines del tiempo, ¿qué vale la del español, que asegura tener como su antecesor a un miserable asno?"

Bobadilla gruñó como un bull-dog, al que le hubiesen birlado su hueso, y plantó ante el orador dos ojos, convertidos en enormes globos de fuego, pero nada dijo. Acababa de recordar que, en realidad, los andaluces están seguros de provenir de aquel pacífico y simpático cuadrúpedo.

Los estudiantes, por su parte, fieles al axioma que dice: "Quien calla otorga", soportaban con visible descontento el más que dudoso silencio de su maestro. Y temerosos de que la afirmación de Tomalo pudiese ser verídica buscaban entre sí algún rasgo que les identificase con su potencial y lejano predecesor.

Se veían de verdad preocupados aquellos cándidos angelitos.

—Luego de penosos cinco siglos de dominación extranjera, el día de la liberación está próxima a llegar —continuó el escultor, dirigiéndose a los estudiantes—, pero mientras este feliz suceso se avecina, señores míos, aprendamos a vivir con dignidad, sin amedrentarnos ante el colonizador. Nada resulta tan humillante que las muestras de gratitud hacia quienes, con su abuso, causaron irremediable daño a nuestros pueblos. Por tanto, meditemos en lo necio que resulta el prurito de celebrar triunfantes, cada seis de diciembre, la destrucción de la milenaria ciudad de Quito bajo la falacia de haber sido ella fundada por los españoles en esa fecha. ¡Una mentira que todo buen quiteño debe rechazarla!

—Bueno, destrucción, ciertamente que la hubo, pero simplemente como estratagema militar de los españoles —intervino Bobadilla con autoridad, deseando dejar sentado el motivo que obligó a los conquistadores a tomar semejante decisión—. Salta a la vista que no se trató sino de eso. A tales sacrificios, que por cierto fueron pocos e ineludibles, jamás se puede considerarlos como fruto de una maniobra destructiva, preconcebida para eliminar los testimonios físicos de esas civilizaciones en ciernes que tanto le obsesionan a usted. Lo prueba, sin lugar a duda, la misma fundación de San

Francisco de Quito, que, como todo mundo sabe, fue edificada en el lugar donde existió una ciudad aborígen también denominada Quito. A esto hay que agregar el cuidado que pusieron los españoles en utilizar todo el material de la vieja urbe en la construcción de la nueva, además de ser acogida con beneplácito la colaboración técnica y artística de los nativos con el fin de que tanto edificios como calles respirasen cierto airecillo a reminiscencia indígena, ¿sabe? Pues, de no haberlo deseado conservar el nombre original de nuestra ciudad, la habrían bautizado solamente con la denominación castellana de San Francisco, ¿no lo cree usted?

El profesor de Historia Universal, seguro de que Tomalo no encontraría argumentos para oponer a sus razones, miró a sus discípulos repleto de satisfacción y, en espera de que le premiasen con un apoteósico aplauso mucho más nutrido que los anteriores, se permitió silenciar sus labios mientras miraba de soslayo al auditorio.

Sin embargo, los colegiales, inconformes de la extraña indiferencia con que su maestro había tomado las acusaciones de que los españoles (y también ellos como descendientes de éstos) fuesen de origen equino, optaron por ir de la franca parcialidad, que hasta entonces mostraron al profesor, a una posición neutral. A partir de entonces, si bien esperaban con interés que el debate continuase, ya poco les importaba el rumbo que tomara éste. Sólo deseaban ver a los antagonistas batallar heroicamente cada uno en defensa de su tesis.

Y no podía ser de otra manera. El escultor tampoco deseaba evadir aquel debate que prometía la oportunidad de escarmentar a su consuetudinario detractor, aunque de momento hubiese de interrumpir el adoctrinamiento de sus futuras huestes.

—¡Absurdo! —replicó el escultor, encogiendo el ceño y endureciendo la voz—. No obstante es una opinión digna de alguien que, como los perros, se solaza lamiendo la mano de quien le ultraja. Profesor Bobadilla, puesto que la



ciudad de Quito fue incendiada con sus habitantes dentro, cuidando que nadie se salvara, ¿a qué estrategia de guerra se refiere usted? ¿Buscaban, acaso, los conquistadores someter a los fallecidos? Por otra parte, si Quito, la antigua ciudad de los shyris, existía ya antes del arribo de los hispanos, entonces ¿cómo pudo haber sido fundada por Sebastián de Benalcázar?

—La historia lo dice así y con ello hay bastante —expresó olímpicamente el profesor de historia—. Pero ¿quién se cree usted para poner en tela de duda su veracidad? Además, para información de usted, le diré que tal destrucción fue obra de Rumiñahui y no de Benalcázar ni de ningún otro de sus compatriotas que coadyuvaron a la conquista de Quito. También a este asunto se refiere con claridad meridiana la historia.

—¡No existe más ciego que aquel que no quiere ver! —se lamentó el escultor mientras movía desdeñosamente la cabeza— A pesar de conocer usted que la ciudad de Quito existía ya al arribo de Benalcázar, continuará en la convicción de que la fundara él, sólo porque un cuento de proyección racista llamado historia, en su página más negra, le adula con el título de "Fundador de Quito". ¡Qué disparate! Sólo así se explica que tantas otras fábulas de similar jaez hayan encontrado terreno fértil en ciertos maestros que, cual cotorras, cumplen la consigna de reproducir palabra por palabra las lecciones inculcadas por los gestores de la antihistoria, sin detenerse a meditar en la perfidia que conlleva su contenido. ¡Asnos, asnos, desde la cuna a la tumba!

Bobadilla, no obstante hallarse preparado para escuchar las protestas del indígena, respingó como si hubiese sido pinchado en el fondillo por una avispa. Palideció. Miró con rencor a su ofensor pero nada dijo. No podía intuir si el bellaco del escultor le había dado tamaño calificativo, tomando lo primero que le viniese a la mente o, por el contrario, obedeciendo a la premeditada intención de aludir a esa ridícula opinión de cierto despistado

andaluz admirador de los borricos. Claro, si no sabía de dónde provenía el golpe, cómo podía responderlo.

Los educandos se vieron sorprendidos nuevamente, aunque ya no por el epíteto lanzado por el artista, sino por la falta de reacción del ofendido. Les parecía insólito que su maestro, el prestigioso licenciado Bobadilla, renombrado profesor de uno de los colegios más importantes de la Capital no contase con recursos plausibles para usarlos en situaciones parecidas.

Tomalo, estimulado por el silencio del profesor, continuó vejándole:

—¡Refundidor de verdades! ¡Falso profeta! ¡Matricida! ¿Por qué ese empeño en falsificar la identidad de nuestro pueblo, menoscabando su prestigio, en vez de preconizar su origen y su luminosa trayectoria? ¿Por qué ese inmensurable afán en negar a las futuras generaciones el derecho a conocer sus auténticas raíces? Porque sólo conociendo de dónde vienes sabrás adónde vas.

"El educador, en vez de acrecentar la cortina de humo que envuelve la epopeya de la raza indígena, seducido por eventos educativos-culturales que llegan a nuestro país ya "enlatados", está obligado a rescatar su imagen, indagando en torno de ella. Un razonamiento elemental. Pero ¿al educador ecuatoriano, le queda suficiente espacio para jugar al politiquero?

"Sin embargo, profesor Bobadilla, le exhorto a usted a ejercitar la mente con reflexiones sencillas y probar cuán fácil resulta llegar a conclusiones lógicas —enjugó con un pañuelo de yerbas el sudor que le cubría el rostro por efecto del calor producido por el fúlgido sol de mediodía y continuó con igual fervor de antes—. Entonces podrá usted entender que el General Rumiñahui no pudo haber sido jamás el autor material ni intelectual del dantesco incendio que convirtió en humosas cenizas a Quito, por la obvia razón de que, habiendo sido él siempre su más leal defensor, jamás le habría pasado por la mente la

idea de destruirla. Un abnegado hijo no pensaría en sacrificar a su madre ni siquiera ante el peligro de que cayese en poder del enemigo, ya que abrigaría la esperanza de recuperarla tarde o temprano, ¿no lo cree así? Pues bien, ya podrá usted sacar en claro que fueron Benalcázar y su cuadrilla los verdaderos autores de aquel horrendo crimen comparable al atribuido a Nerón, si se ha de creer a Cayo Suetonio cuando lo asegura como el culpable directo del incendio de Roma.

—¡Oh! Pero ¿por qué habría de cometer Benalcázar semejante locura? —inquirió de mal talante Bobadilla, que últimamente había permanecido silencioso, soportando con una sonrisa sarcástica la nutrida andanada de insultos disparados a quemarropa por su invitado—. ¡A ver, maestro Auki, defensor de las causas perdidas, dígame una sola razón que justifique, siquiera medianamente, lo que usted sostiene con tanta ligereza! ¡Vamos, resentido social, hable!

La mar amenazaba tempestad y los espectadores no se arriesgaban a pestañear temerosos de perder el más insignificante detalle de la borrasca que les venía encima.

—Piense y lo sabrá por usted mismo, cerebro de equino —replicó el escultor.

—¡Ah já! —sonrió sardónico el aludido— De modo que, a falta de una respuesta plausible, quiere usted salir del atolladero recurriendo a nuevas imprecaciones. Ya me lo figuraba que su capacidad intelectual iba a la par con la de los papagayos: excelente para pronunciar palabras sin sentido, pero absolutamente inepto para elaborar el más simple concepto.

Por lo visto, Bobadilla estaba saliéndose del libreto, según el cual debía conducirse con extremado tiento si quería conseguir el mejor provecho de la entrevista con Tomalo. Se había prometido oír con oídos de mercader los

insultos con que le obsequiase el indígena. Pero, el subido tono de éstos y el oír imputarle de incendiario a don Sebastián, dieron por tierra su propósito. Y de pronto se vio inmerso en una discusión del mejor estilo de las verduleras.

El artista no despegó los labios y se limitó a mirar con fijeza a su ahora iracundo interlocutor. Tal actitud sirvió para despertar erradas conjeturas en los demás. Fue así como el licenciado Bobadilla, creyéndole objeto de una vergonzosa derrota, se puso a reír en sus narices. En tanto, los jóvenes se preguntaban si el mutismo del escultor era efecto de la sorpresa con la que fuera abordado, o al temor que habría empezado a sentir a la actitud cada vez más violenta de su oponente. Se hallaban perplejos.

—¡Adelante! Le emplazo a usted a exponer una sola justificación que apuntale su aserto o al menos que atenúe la gravedad de su calumnia, o se verá obligado a retractarse de todo lo dicho. ¡Vil calumniador!

Sin embargo, Tomalo continuaba silente, aumentando con ello la tensión del auditorio. Al fin los alumnos ya no dudaron que quien hasta entonces había defendido su tesis con la energía de una virgen en defensa su honra, abandonaba sin aparente razón la controversia.

Y como era de esperar, la incipiente simpatía hacia Tomalo, merced a la sugestión que ejercía en ellos el calor que ponía en sus protestas de justicia histórica más que por ellas en sí, se alejó desplazada por una sensación de urticante vergüenza. Y varios de ellos, los más sensibles, se inculpaban de ingratos y de no haber podido resistir la debilidad de dudar de la sapiencia de su maestro.

¡Un crimen horrendo en un alumno!

Por tanto, a la par que Bobadilla acrecentaba la presión para obtener una explicación del artista, el sentimiento de culpa crecía en los adolescentes, que

ni siquiera osaban a mirarle de frente. Y para alivianar la conciencia, cada vez que Bobadilla lanzaba un nuevo dardo contra la dignidad del escultor, le secundaban con expresiones solidarias como éstas: "¡Bien dicho, señor licenciado!" "¡Duro con él, señor licenciado!"

Pero la hora de abdicar llegó.

—Bien, bien —formuló Bobadilla—. Pues nada resulta más equivocado que el pretender entablar diálogo con alguien que se comporta, primero, como una cacatúa, y luego enmudece atragantado por sus propias y absurdas expresiones —la preocupación que a último momento le causara su invitado, le parecía ya cosa del pasado. Levantó la mirada, ahíta de complacencia, hasta el rostro de la estatua, que, por esa particularidad de poseer su ojo izquierdo oculto en un misterioso guiño, parecía mofarse permanentemente de quienes lo miraban. Este detalle, que ponía un aire de fascinación en la metálica faz y le había capturado siempre su atención, lo atribuía a una genial inspiración del artista. Porque, a pesar de todo, el indígena era un genio en su oficio. Además, nunca había podido recordar que si Sebastián de Benalcázar hubiese tenido por costumbre guiñar aquel ojo. Muchas veces se vio tentado de inquirirlo al artista, pero el temor de poner en evidencia sus nada profundos conocimientos sobre la biografía del Fundador de Quito, le desistió. Mas ahora no era ocasión para ponerse a dilucidar enigmas. Y convencido de que, aparte de dirigir, a guisa de despedida, su última frase al monumento, nada le restaba por efectuar en aquel sitio, pronunció ceremonioso: "Hasta el año próximo, ¡oh!, padre de Quito..."

## CAPÍTULO CINCO

—¿Tiene que continuar usted con semejante farsa? —irrumpió Tomalo, deponiendo de repente su prolongado silencio y asombrando a la vez a los asistentes, en especial a Bobadilla, quien no concebía grosería semejante: quitarle la palabra de su académica boca cuando se aprestaba a desgranar madrigales que habrían hecho vibrar de emoción a la misma estatua del Fundador—. Más respeto para estos caballeros —agregó el educador, y valiéndose de la nariz, señaló a los adolescentes—, que esperan hallar en su maestro la fuente del saber. Sus mentes, cual dúctil cera, requieren de un apóstol de la pedagogía para ser modeladas. La formación de su sabiduría demanda de la intervención de un artífice probo, maestro Bobadilla. Mas ¿por qué elude usted la misión de ser ese artífice? Si por carecer de vocación de educador, se ve impedido de ejercer la función de forjador de almas, al menos no persista en la nefasta tarea de activar en aquellas mentes sensores acondicionados para reaccionar automáticamente a cierta gama de impulsos para los que están siendo programados.

“La potestad de discernir es privilegio y derecho inalienable del ser humano. ¡Ay del malvado que, empujado por intereses personales u obedeciendo consignas, manipula el albedrío de sus semejantes en plena formación intelectual, porque le llegará la hora de rendir cuentas de su crimen!

Su voz, que generalmente retrataba la dureza empleada por los profetas bíblicos para arengar a las multitudes, adquiriría ahora el tono compungido que modula la compasión. Y como súplica continuó:

—Las lecciones que ahora imparte usted a su alumnado, serán mañana los cimientos de la fe sobre la cual edificarán sus convicciones. Por tanto, evite al menos el perpetrar errores voluntarios. Reconozca que su postura es equivocada y, en bien de la Patria, enmiende su conducta atentatoria al civismo. Además, el calificar de benefactores y de salvadores a quienes no hicieron otra cosa que destruir y esclavizar, es un insulto a la inteligencia.

"Me ha emplazado usted a darle una razón que justifique mi creencia de que fuera Benalcázar el verdadero autor del incendio de Quito, y yo, convencido de que la luz de la verdad brotaría sola en su conciencia, le sugerí y le pedí reflexionar acerca de las causas que habían provocado ese infausto suceso — Tomalo no abandonaba la suavidad de sus maneras. Parecía una bondadosa madre regañando a su hijito por una travesura menor —. Pero, en vista de mi rotundo fracaso por evitar recordarle algo que todo ecuatoriano debería tenerlo presente, no tengo otra opción que la de responder ampliamente a la petición formulada por usted.

—Así lo espero —farfulló el aludido, echándose a reír. Era la suya una risa estridente y escandalosa pero forzada, de ningún modo fruto de la diversión, sino del resentimiento arraigado y pertinaz.

Los adolescentes, vivaces como saltamontes, que en otra ocasión no habrían hallado mejor pretexto para ratificar la potencia de sus pulmones y la musicalidad de sus voces, dejando correr al viento alegres risas, optaron por no secundar a su caro maestro, que no tardó en dejar de atronar el ámbito con la estridencia de su risa.

Fue entonces cuanto Tomalo dejó surgir su voz, mejor dicho: cuando desencadenó un enorme alud en forma de sonidos. Abandonó de sopetón la delicadeza de su modulación vocal y empezó a lanzar las palabras, cual cañonazos, haciéndole pasar al auditorio de un estado de calma al del susto. Dijo:

—¡Fue Benalcázar —dirigió acusador su dedo índice hacia la estatua— el auténtico incendiario de la antigua Quito, ya que sólo a él le beneficiaba su destrucción! Además, porque él era el único hombre capaz de consumir un crimen de tal magnitud. ¿Por qué? Porque con el resultado de semejante barbaridad buscaba amedrentar al vencido, que así se haría cargo de que la ferocidad de su opresor no conocía límites. Y también porque, como todo peninsular, Benalcázar no podía estar exento de la manía enseñoreada en el común de sus compatriotas de ese entonces: el prurito de incinerar indiscriminadamente todo cuanto oliese a progreso. Así, nada que revelara adelanto científico, técnico o cultural escapaba a su irracional gusto piromaniaco. Tampoco concedían mejor suerte a sus autores, puesto que les hacían perecer junto a sus creaciones.

"Por tanto, nuestro ex arriero, reflejo fiel de la sociedad de la cual era parte, jamás se distinguió por la piedad. Por el contrario, cautivo de una índole maligna, que le persiguió y marcó el camino de su vida con un reguero de sangre, no conoció el valor de la bondad ni supo en que consistía la compasión.

"Él aún no había salido de la adolescencia, cuando su conducta se perfilaba ya retorcida y cruel, señalándolo como un bandido en ciernes. Mató, deliberadamente, a palos al borrico del cual se valía para transportar leña con la malsana esperanza de poder holgazanear. Pero cuando los dueños del asno y también de la casa que habitaba el joven Moyano (aún él no había escondido su identidad bajo el apellido de Benalcázar), se percataron de tan



perversa acción y le despidieron, entonces éste, dejando a rienda suelta su proclividad, sembró el terror en los caminos de la región de Extremadura.

"Más tarde, con la Santa Hermandad pisándole los talones, en compañía de cierto porquerizo de similar calaña de la suya, tomó el camino del puerto de Cádiz, enterado de que allí, una expedición hacia el Nuevo Mundo, incorporaba a sus filas la basura humana del Viejo Mundo.

"Y una vez aquí, lo primero que le ocurrió fue asesinar a su íntimo amigo, el cojo Jorge Robledo, por negarse éste a compartir con él su mujer, una princesa india. Y la misma suerte hubiera corrido Pascual de Andagoya si su persistencia en negar a entregarle cierta casa de propiedad éste, hubiese resistido la tercera petición. Pronto...

—Pero, ¿qué disparates dice usted, maestro? —se dejó oír despectivo el profesor— Pues, sépalo que la muerte de Robledo, que no era cojo sino traidor, no ocurrió tan pronto como don Sebastián arribara a estas tierras, ni mucho menos por el motivo que usted asegura. Tampoco es cierto que la pendencia surgida entre éste y Pascual de Andagoya fuese por casa alguna. ¡Qué disparate!... Pues antes de pretender abordar un tema tan importante como el que nos ocupa, primero debería usted consultar la historia. ¡Qué disparate!... ¡Qué falta de ilustración!

—Tiene usted toda la razón. Ya lo recuerdo —replicó condescendiente el escultor—. Ciertamente, aquello no sucedió sino algún tiempo después de las masacres que lo llevara a cabo en suelo quiteño. Fue justamente cuando era Gobernador de Popayán. Y en cuanto al motivo del crimen en mención, qué importa si lo fue por disputar una mujer o un caballo. El caso es que lo cometió él, el héroe y santo de su devoción, de quien he demostrado que su principal ocupación era la de granuja, un granuja que no se detenía ante nada ni nadie si estaban de por medio intereses personales. Profesor, ¿no son éstos motivos suficientes para determinar a Benalcázar como el responsable de la

destrucción de Quito? ¿Es necesario sacar a relucir otros "milagros" que adornan su vida de aventurero sin escrúpulos?

—Pero ¿de qué se admira usted? —exclamó Bobadilla, impotente para llevar al campo del debate la impugnación de sucesos nada edificantes que se encuentran escritos con sangre en toda la historia del conquistador de marras— Si aun en la vida de los santos no están totalmente ausentes los desaciertos, que fueron desde luego amargos frutos de la inexperiencia o de las circunstancias adversas a la vocación de santidad de ellos. No obstante, lo que cuenta es el saldo positivo que al final de la jornada deja una gestión.

—Entonces, profesor, ¿admite usted la responsabilidad de Benalcázar en la destrucción de Quito? —interrogó Tomalo, restregándose las manos de complacencia, sin conceder a su interlocutor tiempo para elaborar una respuesta tendiente a variar o confundir el real sentido de la peligrosa frase que acababa de pronunciar.

El alumnado esperaba atento la respuesta del profesor.

—Bien, acepto que don Sebastián tuvo algo que ver con ello —admitió Bobadilla, atrapado en la red de sus contradicciones. Y cómo el ceder era un trago amargo pero inevitable, al menos debía suavizarlo para apurarlo. Prosiguió—: Es de suponer que durante la guerra debe ser difícil para un jefe militar el improvisar decisiones que encajen perfectamente dentro del concepto llamado acierto. Además, en esa lejana época, el sentimiento de respeto por la dignidad humana no había alcanzado aún el nivel conocido por generaciones posteriores, sin el cual los Derechos Humanos estarían todavía por escribirse y la Convención de Ginebra, para crear el Comité de La Cruz Roja Internacional, no habría sido posible estatuirse.

—¡Excelente! —exclamó el escultor, tan contento como si acabase de hallar la receta mágica para transmutar los simples guijarros en diamantes. Con la

idea puesta en la primera parte del comentario de Bobadilla, ni siquiera concedió atención al resto de la alocución. Continuó—: Y bien, una vez que usted ha tenido la valentía de reconocer, ante sus alumnos, a don Sebastián como el destructor de Quito, entiendo que en adelante preferirá usted designarle con calificativos más acordes con la conducta de aquel pirata de la historia.

"¿Qué le parece si, en vez de llamarle neciamente "Fundador de San Francisco de Quito", empezáramos a denominarlo como el "Destructor de Quito de los Shyris" o "El verdugo de Quito?" Y en adelante, cada seis de diciembre, en vez de celebrar con bombos y platillos la imaginaria fundación de nuestra gran urbe, nos congregásemos en calles y plazas para repudiar los crímenes perpetrados por los gachupines en nuestro sagrado suelo. Además, procediendo con sentido patriótico, designemos a esta fatídica fecha como la de la ignominia nacional.

Bobadilla escuchaba desconcertado. Jamás se hubiera imaginado que sería él mismo quien colocaría la cáscara de banana en el camino que solía transitarlo. "¡Carajo! —se reprochó— ¿Por qué hube de hablar más de la cuenta? ¿Por qué jamás puedo detenerme a tiempo cuando me pongo a hablar?" —maldecía el haberse vuelto esclavo de la tirana pedantería. Sin embargo, aunque lo suponía bastante tarde para retractarse, no estaba dispuesto a permitir que continuasen juzgando el comportamiento de un caballero que, por haber tenido la ocurrencia de irse de este mundo 450 años atrás, no podía defenderse de las maliciosos cargos que le imputaban. Pero, gracias a Dios, estaba presente él para defenderlo.

—Maestro, de manera alguna comparto su criterio —jadeó Bobadilla, dejando rodar sobre sus discípulos una mirada furtiva—, porque si él se equivocó alguna vez, sus buenas obras fueron infinitamente mayores, que no sería exagerado calificar su obra realizada en América como venturosa.

Gracias a personalidades como él, poseemos un precioso legado que es la esencia de nuestra identidad nacional: la cultura española.

—Nada debemos a nadie —reprochó Tomalo—. Sin la cultura española estábamos aquí muy bien. No veo por qué agradecer de nada a nadie.

El estudiantado, en un raptó de admiración, no vaciló en aplaudir la inquebrantable rebeldía del artista.

—El deber de todo ecuatoriano orgulloso de su nacionalidad es el de honrar la memoria de los personajes que, de algún modo, han contribuido a la formación y engrandecimiento de la Patria —sentenció el educador, sin demasiada energía. De pronto, se llevó las manos al vientre poniendo los ojos en blanco. Con el rostro pálido y desencajado, el profesor presentaba un aspecto digno de lástima.

Los alumnos se arremolinaron solícitos en torno de él. Pero el enfermo les rechazó con un fiero gesto, como si fuera a devorarles, que a los pobres angelitos les faltó poco para que echasen a correr presas del terror. Creían que la feroz actitud de su maestro obedecía a la falta de lealtad que éste hubiese vislumbrado en ellos y retrocedieron mohínos, tristes, imaginándose que en los próximos exámenes se las iban a pagar caro. Y, pese a que en secreto se inclinaban por la tesis de Tomalo, en lo posterior demostrarían lo contrario.

El profesor se restableció pronto y el diálogo continuó.

—Justamente soy yo uno de esos ecuatorianos que se precian de cumplir escrupulosamente con esa obligación cívica —sorprendió a los presentes el gran Tomalo—. ¿Existe acaso mayor satisfacción para quien mira en la gratitud un justo reconocimiento a sus benefactores? Y para el caso, ningún elogio, por abultado que parezca, resulta un gesto absurdo. Quizá exagerado

pero jamás absurdo. Mas cuando las expresiones de gratitud son por nada, entonces sí es una necesidad. Un comportamiento servil.

Los estudiantes murmuraban entre sí.

—Nada de eso —negó el profesor—. La herencia española, para bien común, está patente en todo —y fue mirando con estudiada intención los cercanos y lejanos edificios, las calles que, más allá de las vallas del plantel educativo, serpenteaban las laderas, los sonrosados rostros de sus alumnos y detuvo la mirada en sus manos, pálidas y tersas como albas azucenas—. No puede negar usted que la herencia española vibra de vida en todas partes.

Resulta vano decir que el pedagogo se refería sobre todo al legado de sangre, notorio tanto en él como en sus discípulos. Era evidente que su delirio de superioridad le venía totalmente de la proverbial admiración que sentía por los atributos físicos inherentes en la raza caucásica. Pero el artista, burlándose de su retrógrada jactancia, se propuso herirle donde creía que le iba a doler más.

—He comprendido que la vanidad del ecuatoriano —dijo éste—, lejos de ser reprobada por ridícula merece más bien lástima. Cómo no sentir compasión al mirar a este hombrecillo, degenerado retoño del mestizo engendrado por padre blanco en el vientre cobrizo de madre aborígen, soñando perpetuamente con identificarse con el engreído padre y siempre repudiado por éste —endureció la modulación de la voz y continuó—: Entonces la frustración le transforma en verdugo del linaje materno, que calificarlo de antropófago le vendría a la medida.

Bobadilla, a medida que escuchada iba poniéndose tenso y, al finalizar la frase, sufrió de pronto una increíble mutación en lo más recóndito de la conciencia. Aquel milagro alteró la línea de su pensamiento en 180 grados. Y como si el adaptarse de súbito a la nueva postura ideológica le causara

inocultables dolencias, dejó escapar de sus labios un espeluznante y prologado alarido originado en las cavernas del corazón. La patética queja sobresaltó al auditorio, pero se fraccionó pronto en apagados ecos que fueron absorbidos por el silencio. Finalmente, abrió y cerró por varias veces la boca con los ojos desorbitados y empezó a mirar su entorno como si de repente se hubiese percatado de que se encontraba allí sin saber cómo.

Tomalo contemplaba estupefacto cuanto le ocurría al profesor, porque era imposible mirarle sin detectar el cambio que estaba operándose en él. Su ingénita arrogancia desaparecía a momentos y en su mirada sombría se intensificaba cada vez más el fulgor de la tranquilidad. Pero, aunque aquél hubiese sido capaz de forjar mil conjeturas distintas, andaría siempre lejos de conocer la real motivación de aquella transfiguración.

No atinaba qué pensar.

En cambio los discípulos, con el ímpetu generado por la inexperiencia, llegaron esta vez a suponer que su maestro se había vuelto loco. El motivo del desenlace, según ellos, no habría sido otro que el frenesí provocado por el escultor. Y por el inusitado revuelo que ya levantaron minutos antes, cuando el paciente empezó a sentir molestias, no era aventurado creer que también en esta ocasión las muestras de solidaridad no fueran a producirse. Además, el mismo murmullo, la misma agitación y las mismas miradas inquietas que precedieron al anterior llamado de adhesión, decían de la inmediata acción del juvenil grupo. Y, de acuerdo a lo previsto, la presunción tomó pronto cuerpo, aunque de diferente manera.

—Tomalo, ¡malo!, ya te haré tragar tus palabras —amenazó, aunque sin moverse del sitio donde se hallaba, un jovencito de aspecto nada temible. En realidad, solamente seguía un plan arreglado de antemano con sus compañeros, en busca de conjurar el resentimiento que lo creían haberse ganado del educador, cuando en un transporte de entusiasmo no dudaron en

aplaudir enunciados contrapuestos a las ideas de éste. Esperaban con ello que tan pronto como su maestro se aliviara comprendiese que no cultivaba las mentes de unos ingratos.

Tomalo no dijo ni pío. Primero, porque no era un pajarito. Segundo, porque la transfiguración del licenciado Bobadilla le tenía sumido en hondas cavilaciones.

—Tomalo, ¡indio remalo!, ya te enseñaré cómo tratar a los blancos. Y te aseguro que me vas a recordar durante el resto de tu vida —le prometió otro alumno, de rostro adornado de pecas y lunares negros y que miraba fijamente como un cucucho, quien, con aires de matón, fue acercándose a Tomalo con el puño en alto.

—¡Quieto, Agapito!... ¡Silencio todos! —intervino a tiempo Bobadilla, ya recuperado y con la con disposición de un domador de fieras. Por haber sido la dureza la modalidad de sus órdenes y en vista de que ésta seguía dominando su comportamiento, los estudiantes opinaron que el profesor había recobrado bien pronto la cordura.

Pero el muchacho llamado Agapito, bribón por naturaleza, haciendo caso omiso la orden recibida, desprendiéndose de su levita con asombrosa velocidad y adoptando los ademanes y gritos de los karatekas en plena acción, trató de agredir al escultor. Y con seguridad el ataque se hubiera consumado si el pedagogo hubiese tardado un segundo más para detenerlo sujetándole por los cabellos, en tanto que le prevenía:

—O te tranquilizas por las buenas o mando atarte de pies y manos, como acostumbro a obrar contigo cuando se te da por obstinarte —y, luego de asegurarse de que la quietud del animoso mozalbete no era diferente a la de la vecina estatua, se dirigió respetuoso al artista—: Maestro Tomalo, ruego a

usted olvidar este penoso incidente. Pues estos chicos son más irreflexivos que malos.

—No tiene importancia —dijo por subsanado el aludido.

—Maestro Tomalo—profirió Bobadilla hecho una seda—, tiene usted toda la razón del mundo al opinar del mestizo ecuatoriano todo cuanto ha expresado. Por mi parte, con no poca vergüenza, reconozco que hasta ahora he carecido del suficiente valor para despojarme de las anteojeras que han impedido ver las cosas con absoluta claridad. Pero en adelante, gracias a mi función de docente, combatiré desde la tribuna de las aulas este cáncer cultural que menoscaba las bases espirituales y cívicas de nuestra nacionalidad.

Los concurrentes estaban pasmados ante semejante declaración. Los alumnos volvieron a recelar que su mentor hubiese perdido decisivamente el dominio de la razón, ya que no podían concebir que estuviese hablando en serio. No obstante, el más incrédulo era Tomalo. Le inquirió extrañado:

—No estará usted burlándose, ¿verdad?

La inesperada pregunta maravilló al licenciado, dejándole pensativo por un instante. Luego, para no dejar posibles dudas del contenido de sus anteriores palabras, expresó arrugando la frente como garantía de que sus palabras eran instrumento de la verdad:

—Jamás sería yo capaz de una cosa así. Mi intransigencia ha quedado sepultada en el pasado. Ahora me apresto a luchar con denuedo para derribar el "becerro de oro".

—¡Loable determinación! —aprobó Tomalo, respirando alegría por el rumbo que tomaba la situación.



Mucho se ha dicho de la índole vengativa imputada al indio, pintándole muy dispuesto a tomar represalias en contra de sus ofensores, aunque para ello tuviese que esperar toda una vida. Mas el indígena de nuestro cuento tal vez no era tan indio o, quizá, era la excepción que confirma la regla, puesto que, olvidándose de los múltiples agravios recibidos del profesor, sintió tentación de abrazarle estrechamente en signo de gratitud. Y le faltó muy poco para pedirle perdón por haberle considerado siempre cerrado de mollera como un coco sin abrir.

—¡Atención! —se dirigió el licenciado Bobadilla a los adolescentes con despotismo— La festividad del seis de diciembre termina ahora mismo para nosotros. En lo sucesivo jamás nos prestaremos a festejar, alegres como unas maracas, la farsa de una falsa fundación, ni a elogiar a quienes nada tuvieron que ver con la fundación de nuestra milenaria ciudad. En adelante, no más agradecimientos gratuitos.

"Nada debemos a los miserables peninsulares. Por el contrario, son ellos nuestros eternos deudores, puesto que sin las enormes riquezas saqueadas a los pueblos conquistados, habrían sucumbido a la indigencia siglos atrás. Esa nefasta fecha, tomando como punto de partida de la reivindicación de nuestros ancestrales valores indígenas (¡Qué caray! El hijo es más hijo de la madre que del padre), declararemos la Guerra Santa al neocolonialismo en todas sus alcances y proyecciones. En especial el canibalismo cultural, que mengua identidad propia a los pueblos indoamericanos.

Tomalo no podía creerlo. Pues, cuando menos lo esperaba, se adhería a su causa uno de los forjadores más destacados de la sociedad, para contribuir en la Guerra Santa contra aculturaciones exóticas. Entre los dos, combinarían esfuerzos para que aquella cívica cruzada coronase con el éxito.

—Pensemos que si no somos ahora capaces de suprimir de raíz este mal —continuó eufórico el licenciado Bobadilla—, probablemente mañana les

convencerán a nuestros hijos que por su lado materno descienden en línea directa de un cocodrilo. Por cierto, esta creencia incrementará el complejo de inferioridad racial del mestizo, considerándose despreciable frente al resto de la humanidad. Pero ¿vamos a permitir que eso suceda?... Pues jamás — indicando las aulas a sus alumnos, agregó: —¡Adentro, todos! A organizarnos para la primera batalla en pro de la causa.

## CAPÍTULO SEIS

Los adolescentes, cabizbajos y rumiando interrogantes sin contestación, empezaron a desfilar sumisamente hacia el lugar señalado por Bobadilla, salvo Agapito, que se detuvo para decir:

—Licenciado, recapacite. No se deje engatusar por las tendenciosas palabras de este malvado —señaló con la mirada al escultor—, que por carecer de una sola gota de sangre española, ha dado abrigo en su pecho a la víbora de la envidia.

Pero el aludido, que como el alcohólico que acaba por renunciar la bebida, desea que los demás adopten su ejemplo, recibió con violento disgusto la observación del estudiante.

—Conque tú, malvado mozalbete, contradiciendo siempre todo lo que escuchas, ¿no? —respondió, conteniéndose a duras penas el impulso de asirle nuevamente por lo pabellones auditivos— ¿Es qué en tu casa, que es donde se forjan tus modales, se dedican todos a impugnarse mutuamente? Pero, por arraigada que se encuentre en ti esta manía, la voy a sacar a fuerza de

calentarte el trasero con el látigo, que es el único lenguaje que entiendes. ¿Te has olvidado ya de la fenomenal zurra con que te obsequié el miércoles pasado?” Pues más te vale que la recuerdes siempre o terminarás por no tener con qué sentarte. No rechistes nada. Vete con los demás, que ya me ocuparé de ti.

Sin intentar agregar una sola palabra a lo expuesto, el joven pecoso y de mirada demencial se retiró, sufriendo por anticipado la zurra que habría de recibir tan pronto como su tiernísimo maestro tuviese a tiro sus posaderas.

Al retirarse los adolescentes, como es lógico, se quedaron el profesor y su invitado acompañados únicamente por la estatua.

El escultor no salía todavía del asombro que le originara el repentino y diametral cambio de ideología de su consuetudinario detractor, ahora más radical que la suya. Era cómo para no creerlo. De ahí que todo le antojase una patraña. Dudaba que aquellas frases de repudio a la causa que hasta apenas minutos antes había defendido con pasión fuesen sinceras. Y aunque estaba plenamente convencido de que todo lo expuesto al respecto se ajustaba perfectamente a la verdad, no se atrevía a creer que el profesor lo sintiese en realidad.

No comprendía cómo unas ideas que, a fuerza de practicar lo que predicaba y de predicar lo que practicaba, debían hallarse fijas y a prueba de razonamientos, de pronto se vinieran abajo al ensalmo de unos cuantos insultos. O ¿no? Y a falta de una tesis plausible que viniese a resolver el dilema, dio por sentado que en ello había gato encerrado.

Sin embargo, tras dar vueltas y vueltas el asunto, se apaciguó al recordar que Bobadilla ni siquiera se había dirigido a él, sino a sus alumnos, para dar rienda suelta al corcel que cabalgaba su nueva ideología. Entonces inhaló con fruición el cálido aire del mediodía, comparable con el plomo derretido,

disfrutando del placer de haber podido despertar la conciencia en una mente que la creía atrofiada por la acción de reflejos condicionados digeridos durante luengos años.

Pero lo que ignoraba el indígena artista era que Bobadilla poseía carácter débil en extremo, el cual le hacía vulnerable a cualquier opinión ajena si ésta era expuesta con habilidad. Y luego de una efímera crisis la nueva idea prevalecía.

El pedagogo, por su parte, con la decepción de quien ha descubierto que está siendo engañado por su consorte, miraba torcidamente la estatua, a la que de buena gana la habría confinado al lugar más lúgubre del sótano de la casona educativa si hubiese dependido sólo de él. Ahora le irritaba su sola presencia. Maldiciendo la ingrata perspectiva de tener que continuar viéndola sin remedio en lo sucesivo, se enfrentó al escultor para afejar su aptitud dispuesta a cumplir encargos opuestos a la causa que defendía.

—Maestro —dijo acremente—, si tanto detesta usted a los colonialistas como lo afirma, entonces, ¿por qué ese afán en emplear su precioso tiempo en perennizar el recuerdo de sanguijuelas semejantes?

—¿A qué se refiere concretamente?

—Pues a qué otra cosa ha de ser sino a la nada plausible labor que viene practicando usted, y al parecer, sin que le acose la conciencia —indicó con un dedo la estatua—. ¿Lo realiza quizá bajo la suposición de que el arte no conoce fronteras ideológicas ni sentimentales o solamente por la jugosa remuneración que representa toda obra fabricada en su taller? Vamos, sea sincero conmigo, como lo he sido yo con usted al reconocer mi error con respecto al bandido de Benalcázar y a sus satélites.

Por toda respuesta el aludido se limitó a sonreír, sembrando la inquietud en Bobadilla.

—Maestro, ¿no le parece que se halla usted dedicado a un quehacer ingrato? —inquirió impaciente el pedagogo.

—¡Diablos! —replicó ásperamente el escultor— ¿Me cree capaz de algo así? Vamos, amigo, no me confunda con un miserable sin antes averiguar el trasfondo del caso por el cual me ha de juzgarlo.

—¿Es qué existe razón valedera para entender de otro modo?

—Desde luego.

—¿Puede usted explicarse, por favor?

—Todo está a la vista, profesor. Sólo tiene usted que mirar con absoluto cuidado el rostro de la estatua y cotejarlo con el de cierto personaje histórico que, según datos que de él tenemos, guarda correlación con sus rasgos, sobre todo con el defecto en uno de sus ojos, que no puede pasar desapercibido.

Bobadilla, en procura de descubrir al personaje representado, examinaba cuidadosamente todos y cada uno de los detalles de la metálica faz. Pero, aunque finalmente descubrió que sus características distaban mucho de coincidir con las del aventurero europeo, no logró que su conjunto le pusiera en la pista de ninguna persona conocida que se alojara en las páginas de la historia. Y, cosa rara, ¡por un instante más bien creyó ver en él cierta semejanza con las facciones de su extinto padre!

En cuanto a aquella particularidad del ojo izquierdo, sumergido casi totalmente entre ceja y mejilla, que revelaba un defecto oftálmico, nada le decía, aunque tratara de establecer correlación con todos los tuertos de quienes tenía referencia. Pues éstos ocultaron siempre esta deformidad debajo

de parches negros o detrás de discretas gafas ahumadas, pero jamás a la sombra de un permanente guiño.

Cansado de consultar con la memoria sin resultado, Bobadilla no tuvo el menor reparo en proclamar su incapacidad para poder reconocer en la estatua a ningún personaje histórico. Claro que le había hecho recordar las facciones de su progenitor, pero de esto se cuidó de informarle al escultor.

—¡Me asombra su escasa profundidad en los conocimientos históricos! —se quejó Tomalo— ¡Tanto más cuanto se trata de un especialista en esta asignatura, que se supone versado incluso en cuestiones menos relevantes ocurridas a los hombres consagrados a la inmortalidad! Licenciado, ¿no le parece así? Pero viéndole muy lejos de que pueda identificar a nuestro personaje por usted mismo, voy a proporcionarle una pista: ¡Se trata pues de un famoso militar de nuestro pueblo, por supuesto!

—¡Oh, maestro! Pues ya me lo figuraba que podía tratarse del General Rodríguez Lara —mintió puerilmente el profesor—. No puede ser ningún otro. Pero, maestro, el tic nervioso que padece el susodicho caballero no es tan pronunciado como para mantener cerrado un ojo. Por otra parte, su anomalía la disimula magistralmente con la ayuda de finos espejuelos.

—Pues bien, profesor, no obstante su presteza en responder, ha acertado en lo de General y tampoco anda del todo descaminado respecto al espíritu patriótico tanto en éste como en aquél. Sin embargo, la brecha entre los dos es de cuatrocientos cincuenta años. Medite. El héroe está a la vista.

—¡Eureka! ¡Eureka! —exclamó entusiasmado Bobadilla, luego de haber realizado un último y supremo esfuerzo mental para lograr identificar en la estatua al famoso militar quiteño— ¡Si es nada menos que el General Rumiñahui! Pues algo me decían sus rasgos viriles y toscos... —recordó el innegable parecido entre éstos y los de su extinto padre y rectificó—: Digo,

sus viriles y delicados rasgos faciales, dignos de Adonis y Hércules a la vez. —¡Qué cuello! ¡Qué tórax! Los de un toro se podría decir. Es él, en escasas palabras, el ideal de la fuerza y la belleza que todo hombre desearía para sí —poniendo la mano sobre el pecho e inclinando la cabeza, agregó—: ¡Salve excelso patriota: defensor de Quito y forjador de nuestra nacionalidad, un conciudadano tuyo rinde homenaje a tu ejemplar hazaña!

—Me complace ver que al fin lo haya reconocido —declaró el escultor, temeroso de que Bobadilla, devoto de dar rienda suelta a la lengua, se embarcara en una nueva y dilatada perorata.

—Maestro, créame usted que mi complacencia no tiene límites, tanto por su ingenio como por saber que, aunque indirectamente, el homenaje del próximo seis de diciembre será para el defensor de la quiteñidad. ¡Qué feliz ocurrencia la suya! —se rió hasta que saltaron lágrimas de los ojos — ¡Qué fraude para los admiradores del malhechor de Benalcázar!

—Espero que esto sea confidencial —le advirtió el escultor—. No sería prudente que se enterara nadie más de la broma, al menos hasta que haya pasado la próxima festividad. Le recomiendo total discreción, profesor.

—Seré una tumba, maestro —prometió el aludido—. Nada diré o haré para que esta confidencia se generalice mientras que a usted no lo crea conveniente. Además, bajo semejante disfraz, quién sería lo suficiente intuitivo como para descubrir al héroe quiteño, mientras no se le dé una pista. Y a propósito del disfraz, ¿puede usted responder a una pregunta?

Tomalo dijo sí con un movimiento vertical de cabeza.

—Maestro, entiendo que el casco, el atuendo y hasta la barba les pareciesen detalles indispensables para lograr su fin, ya que no habría sido admisible presentar una estatua que pretende representar a un español de aquella lejana

época, sin barba, con sombrero de plumas y taparrabo, es decir, exactamente como luciría un caballero quiteño de hace quinientos años en traje de etiqueta. Pero ¿era necesario extremar las precauciones magnificando el defecto oftálmico a tal grado?

—No hay semejante exageración al respecto. Únicamente me he dejado guiar textualmente por la historia.

— ¡Cómo! Pero la historia no menciona ese detalle. Más bien su nombre quechua: "Rumi-Ñahui" (ojo de piedra), sugiere la posibilidad de una catarata en uno de los ojos del héroe. Nada más que eso.

—Como es costumbre en usted, se equivoca nuevamente —impugnó el escultor, con la autoridad de quien conoce ampliamente lo que dice—. Pues sépalo que, en quechua, las palabras que se emplean para ilustrar o sugerir la enfermedad ocular que usted cita, serían: "yura tiarishca ñahui". En tanto que "rumi ñahui" no sólo sugiere sino que define exactamente lo que expresa: "ojo de piedra". Así de simple.

—Bueno, confieso desconocer el musical idioma de los incas —acepto Bobadilla—. Por tanto, agradezco su indispensable esclarecimiento. Sin embargo, no ha respondido usted aún a mi pregunta.

—Precisamente iba a eso. Pues bien, nuestro amado héroe no siempre se llamó con el nombre por el cual se le conoce hoy. Antes atendía cuando le nombraban Hati y, como tal, fue conocido hasta día que, durante la batalla, fue herido en un ojo por un guijarro lanzado desde el campo enemigo. El proyectil, igual en tamaño y forma al del órgano que acababa de vaciar, quedó alojado en su órbita, como si hubiese pertenecido a ella siempre.

"La tragedia conmovió al imperio. El soberano, presa del dolor, decretó duelo nacional y convocó con urgencia a expertos oculistas y cirujanos del



imperio con la esperanza de salvar, gracias al milagro de la ciencia, si no el ojo herido, al menos la vida del paciente. Paralelamente, se ofrecieron espléndidos sacrificios a Inti. El llanto corrió a raudales y las gargantas se pusieron afónicas de tantos gemidos proferidos.

"Mas el joven Hati, que a la sazón ostentaba el grado de capitán, dando ejemplo de valentía y estoica resignación en la adversidad, prohibió que le extrajeran el guijarro alojado en su rostro. Despidió iracundo a los galenos que insistían en operarle, temerosos de que el contacto de aquel áspero objeto con la herida terminase acarreándole aciagas consecuencias. "Si he de morir —decía el valiente oficial —, moriré tranquilo por efecto de la lesión ganada en combate, sin la ayuda de la ciencia médica. Pero, si por el contrario, consigo salir bien librado de esto, entonces, en vez del ojo perdido, me sentiré feliz de exhibir en mi rostro este guijarro. ¿He perdido acaso mi ojo en una taberna o por un lío de faldas? Pues sépanlo que no existe mayor honra para el soldado que el adornarse su semblante con las cicatrices de las heridas obtenidas heroicamente en batalla".

"Y como era de esperar, tratándose de un hombre de férrea voluntad, el capitán Hati no tardó en convalecer y, por cierto, en cumplir al pie de la letra con lo prometido. Llevó orgulloso el sustituto pétreo de su malogrado órgano visual. Y pronto su nombre original fue precedido del alias de "Rumiñahui". El héroe se sentía halagado con este homenaje.

"Sin embargo, apenas unos cuantos años de usar satisfactoriamente el ojo artificial —puesto que supo adaptarse sin dificultad al contacto de su rugosa superficie y aprender a controlar con eficiencia los movimientos que requería dotar a la pieza artificial—, empezó a notar problemas de ajuste. El constante rodar y rodar del pedrusco sobre la reseca cuenca había dado origen a un progresivo desgaste, reduciendo aceleradamente de tamaño. Además, al desaparecer las asperezas con el desgaste, surgió, como era de esperar, una superficie pulida y nada adhesiva. Entonces el héroe, para impedir que se le

escapara el rato menos pensado aquel "ojo" —pues a menudo se le escurría cuando estornudaba—, se vio precisado a sujetarlo usando los músculos de la mejilla, porque el esfuerzo solo de los párpados resultaba ya insuficiente.

"Por cierto, la medida de precaución adoptada surtió óptimos resultados, permitiéndole cumplir con la promesa que lo hiciera al unirse al ilustre club de los tuertos —Tomalo volvió a enjugar el sudor que perlaba la frente y concluyó—: Para reproducir con fidelidad el rostro del héroe, necesariamente debía atenerme hasta al menor detalle.

—¡Fabuloso! —exclamó el pedagogo, saturado de admiración.

—¡No se trata de ninguna fábula! —se alarmó el artista.

—Digo que es "fabuloso" lo que usted conoce sobre nuestra historia, maestro.

Bobadilla se conmovió hasta las lágrimas con la narración del escultor y sólo lamentaba que éste no hubiese empezado por este punto, abreviando cuestiones que derivaron en discrepancias sin sentido. Al fin se había convencido de que el indígena artista no tenía rival como conocedor de la otra historia, la historia aún no escrita de los antepasados aborígenes.

Al recapacitar sobre la jugarreta efectuada a quienes, con el anhelo de honrar rumbosamente la dudosa hazaña de Sebastián de Benalcázar, le confiaran la manufactura de una costosa estatua, pero que en su lugar recibieron la de su peor enemigo, experimentaba cuasi veneración por los recursos imaginativos de Tomalo. Se vio vivamente entusiasmado y dejó que su privilegiado verbo, domesticado para solemnizar acontecimientos trascendentales, le ahogara casi en un mar de alabanzas.

Y fue tan espléndido el discurso que dedicó a la noble raza cobriza, que el escultor, nada modesto cuando se trataba de valorizar los méritos de su

estirpe, enrojeció hasta las orejas, cual colegiala emocionada por el primer beso de su amante.

Al momento, la Guerra Santa contra la aculturación y demás males que pesa sobre la América morena, todavía no se ha producido. Pero, con toda seguridad, Tomalo y Bobadilla se preparan para llevarla a cabo. Pero hace apenas unos días atrás, un manifiesto, invitando al pueblo a integrar esa patriótica Revolución, ha visto la luz. Y éste puede ser sólo obra de ellos.

La estatua continúa siendo una de las atracciones artísticas preferidas de los quiteños, tanto a los versados en la sublime habilidad que le dio tanta gloria a Fidias y a Miguel Ángel como a quienes carecen de la más remota noción escultórica. Sobre todo, su misterioso rostro, contraído en aquel rictus de dolor o de sarcasmo —según se interprete—, cautiva a cuantos lo miran.

**F i n**

Quito, 11 de mayo de 1998

Carlos Villamarín Escudero

*CARLOS VILLAMARIN ESCUDERO*